

ANALECTA MALACITANA

REVISTA DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

XXXVI, 1-2 (2013)



UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

ÍNDICE

ARTÍCULOS

RAQUEL VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ, <i>La reescritura de los textos bíblicos en la novela española del siglo XX</i>	7
MARCOS RUIZ SÁNCHEZ, <i>Versiones latinas del cuento del tesoro del ciego</i>	45
JOSÉ MANUEL PEDROSA, <i>Los zapatos rotos del Lazarillo de Tormes</i>	71
FERNANDO DURÁN LÓPEZ, <i>Una autobiografía de 1745, o la rueda de la fortuna de Joaquín de la Ripa</i>	101
AMELINA CORREA RAMOS, <i>Mater et magistra: Reconstrucción de la trayectoria profesional de Vicenta Lorca, con la aportación de algunos documentos inéditos</i>	135
FRANCISCO GONZÁLEZ GARCÍA, <i>Amado Monstruo de Javier Tomeo: Un análisis del componente teratológico de la obra</i>	161
MARY GRIFFITH BOURN, <i>Identity and tragedy in Roth's The Human Stain</i>	197

NOTAS

ROBERTO CUADROS MUÑOZ, <i>Más datos sobre el paradigma demostrativo en documentación diplomática del Siglo de Oro: Una aproximación desde el corpus CODEA</i>	223
LÍVIA CRISTINA GARCÍA AGUIAR, <i>Variación en documentos municipales malagueños del siglo XVIII</i>	261
REBECA SANMARTÍN BASTIDA, <i>Santa Teresa y la herencia de las visionarias del medievo: De las monjas de Helfta a María de Santo Domingo</i>	275
ANUCHKA RAMOS RUIZ, <i>Apuntes sobre el periodismo de Cortázar</i>	289
AGNIESZKA MATYJASZCZYK GRENDÁ, <i>El cuento literario en Polonia: Origen y evolución del género hasta el siglo XIX</i>	297

BIBLIOTECA

<i>The Middle English version of The Book of Nativities in London, Wellcome Library, MS Wellcome 411, ff. 9v-18v</i> (edited by Javier Calle-Martín and Jesús Romero-Barranco)	307
--	-----

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

JOSÉ POLO, <i>Notas de carácter metodológico, bibliográfico, ortotipográfico y de técnica del trabajo científico alrededor de dos importantes obras «lingüístico-discursivas» en el entorno de Coseriu</i>	349
SANTIAGO VICENTE LLAVATA, <i>Historia de la lengua, lingüística de corpus y cambio lingüístico. En torno a la irrupción de las Nuevas Técnicas en la investigación histórica del español</i>	393

RECENSIONES [págs. 425-478]

- MANFRED FURHMANN, *La teoría poética de la Antigüedad. Aristóteles-Horacio- 'Longino'* (Antonio de Murcia Conesa)
- ESTEBAN T. MONTORO DEL ARCO (ed.), *Neología y creatividad lingüística* (Marta Torres Martínez)
- JAVIER DE SANTIAGO GUERVÓS, *Estrategias para el análisis sintáctico* (Antonio Daniel Fuentes González)
- SARA ROBLES ÁVILA Y JESÚS SÁNCHEZ LOBATO (coords.), *Teoría y práctica de la enseñanza-aprendizaje del español para fines específicos* (Higinio Pareja Martín)
- DOMNITA DUMITRESCU Y GERARDO PIÑA-ROSALES (eds.), *El español en los Estados Unidos: E Pluribus Unum? Enfoques multidisciplinarios* (Francisco M. Carriscono Esquivel)
- JULIO VALDÉON BARUQUE, *Cristianos, judíos y musulmanes* (Enric Mallorquí-Ruscalleda y Alisa J. Tigchelaar)
- PEDRO DE VALENCIA, *Epistolario* (M. José Ormazábal Seviné)
- HÉCTOR BRIOSO SANTOS Y ALEXANDRA CHERECHES (coords.), «*Callando pasan los ligeros años...*»: *El Lope de Vega joven y el teatro antes de 1609* (Ismael López Martín)
- JUAN VARO ZAFRA, *Estudios sobre la prosa de Diego Hurtado de Mendoza* (José Ignacio Fernández Dougnac)
- ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS, *Poesías completas* (Cecilia Riva)
- M. PILAR CELMA VALERO Y M. JOSÉ RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN (eds.), *Miguel Delibes. Nuevas lecturas críticas de su obra* (Miguel Amores Fuster)
- JULIO CÉSAR JIMÉNEZ, *Las categorías de Kant no funcionan en la noche* (Juan Carlos Abril)
- FERNANDO MILLÁN, *Escritores radicales. Obras In-completas* (Raúl Díaz Rosales)
- RAOUL SCHROTT Y ARTHUR JACOBS, *Gehirn und Gedicht, Wie wir unsere Wirklichkeiten Konstruieren* (Vicente Gil Carrió)
- PEDRO AULLÓN DE HARO, *Estética de la lectura: una teoría general* (Marina García Mérida)
- JESÚS G. MAESTRO, *Genealogía de la Literatura. De los orígenes de la Literatura, construcción histórica y categorial, y destrucción posmoderna, de los materiales literarios* (Jesús Maire Bobes)
- TERRY EAGLETON, *Dulce violencia. La idea de lo trágico* (José Luis Calvo Landau)
- MARÍA GIOIA TAVONI, *Circumnavigare il testo. Gli indici in età moderna* (Mercedes López Suárez)
- GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ (ed.), *Literatura y cine* (Luis Unceta Gómez)
- M. ROSARIO MARTÍ MARCO, *Wilhelm von Humboldt y la creación del sistema universitario moderno* (M. Teresa del Olmo)

RESÚMENES PARA REPERTORIOS BIBLIOGRÁFICOS [págs. 479-489]

NORMAS DE EDICIÓN [págs. 491-497]

REFERENCIAS DE CALIDAD E ÍNDICES DE IMPACTO [pág. 499]

REVISTAS DE INTERCAMBIO [www.anmal.uma.es]

UNA AUTOBIOGRAFÍA DE 1745 O LA RUEDA DE LA FORTUNA DE JOAQUÍN DE LA RIPA

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
Universidad de Cádiz

En el escasísimo panorama editorial de la autobiografía en la España del siglo XVIII brilla con luz propia un temprano y aislado grupo de tres obras impresas de 1743 a 1745¹. En la primera fecha sale la *Vida* de Diego de Torres Villarroel, cuyo fulminante éxito crea una efímera estela destacada por Guy

¹ He elaborado la lista de autobiografías españolas del XVIII y el XIX, hasta más de quinientos autores, donde pueden verse los detalles precisos que sustentan esta afirmación: F. Durán López, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Ollero & Ramos, Madrid 1997; «Adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX», *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 4, 1999, págs. 73-98; y «Nuevas adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX (segunda serie)», *Signa*, 13, 2004, págs. 395-495. Por otra parte, este artículo actualiza un capítulo inédito de la tercera parte de mi tesis doctoral: *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (siglo XVIII y principios del XIX)*, de 2001. De ella se han publicado otras secciones, que contextualizan mi planteamiento: «La autobiografía juvenil de José Cadalso», *Revista de Literatura*, LXIV, 128, 2002, págs. 437-473; *Tres autobiografías religiosas del siglo XVIII. Sor Gertrudis Pérez Muñoz, Fray Diego José de Cádiz, José Higuera*, Universidad de Cádiz, 2003; introducción a J. R. Izquierdo Guerrero de Torres, *Recuerdos de mi vida*, Espuela de Plata, Sevilla, 2004; *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, CSIC, Madrid, 2005; *Un cielo abreviado. Introducción crítica a una historia de la autobiografía religiosa en España*, FUE, Madrid, 2007; y «La Vida literaria de Joaquín Lorenzo Villanueva: autobiografía, erudición y política», en G. Ramírez Aledón (ed.), *Valencianos en Cádiz. Joaquín Lorenzo Villanueva y el grupo valenciano en las Cortes de Cádiz*, Fundación Municipal de Cultura, Cádiz, 2008, págs. 401-502.

Mercadier²: en 1744 aparece la *Vida* del astrólogo Gómez Arias y en 1745 la del filómatemático Joaquín de la Ripa. En otros trabajos³ he planteado el estudio de los otros dos autores: aquí voy a centrarme en Ripa.

Vaya por delante que no estimo que esas obras pertenezcan a lo que podemos denominar con algo de sentido histórico «autobiografía moderna», sino a un formato más arcaico, cercano al del Barroco. En efecto, a mi modo de ver, existe una concepción del *yo* que aparece representada literariamente durante los siglos XVI y XVII en forma de narraciones en primera persona, tanto novelas como hagiografías, biografías o autobiografías, que en su forma más conocida e influyente relatan vidas marginales (las novelas picarescas, las autobiografías de soldados...), mas no se limitan solo a ellas. En el XVIII, e incluso a principios del XIX, existirían aún manifestaciones de ese modelo, que permanecen relativamente desvinculadas de las concepciones y representaciones de la identidad que caracterizan la Europa ilustrada y al hombre moderno. Estas autobiografías «picarescas» —y no olvidemos las comillas, obviando de momento los necesarios matices— dibujan en lo sustancial un tipo de antihéroe y un paradigma narrativo asentado en nociones premodernas del *yo*. Algunos de los trazos de dicho paradigma pasarían por una estructura narrativa episódica, centrada en el poder cautivador de la anécdota y el lance chusco, un tono humorístico más o menos autodegradante y una concepción desengañada de la vida como sucesión de altibajos de la fortuna y cambios de estado social, oficio y suerte por el protagonista, de la que a menudo se extrae una consecuencia moralista, acaso menos sincera que impostada. El relato se desarrolla de un modo egocéntrico, con un *yo* tan desbordado como carente de auténtica introspección, desligado de ideales colectivos, valorando la imagen completa del personaje y no el producto objetivo de su vida pública, buscando la admiración y queriendo encarnar un tipo humano activo y desenvuelto, de perfiles polifacéticos y egotistas. El carácter marginal del protagonista no es esencial, pero sí frecuente, aunque solo sea mediante la ética contrarreformista del autoaburrecimiento, el gusto por el realismo sucio y el forzado contraste entre la mundanidad y la salvación. En ese sentido, estas obras forman una familia común con las de la centuria precedente, sin que quepa hablar exactamente de derivaciones inmediatas⁴. Ese es el contexto en el que hay que entender la escritura de Joaquín de la Ripa, no en el de los novatores, la Ilustración o la construcción de la autobiografía moderna.

² G. Mercadier, «Dans le sillage de l'autobiographie torresienne: la *Vida* du baroudeur mathématicien Joaquin de la Ripa (1745)», en *Écrire sur soi en Espagne. Modèles et écarts*, Université de Provence, Aix-en-Provence, 1988, págs. 117-135.

³ Véase F. Durán López, «A vueltas con la *Vida* de Torres Villarroel: ¿relato picaresco o autobiografía moderna?», *Edad de Oro*, XXXI, 2012, págs. 149-180; «De los almanaques a la autobiografía a mediados del siglo XVIII: pescadores, filómatemáticos y alrededores de Torres Villarroel», *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, 36, 2, 2013, págs. 179-202; sobre Gómez Arias tengo en proceso de publicación un estudio similar a este.

⁴ Véase con más detalle, F. Durán López, «A vueltas con la *Vida* de Torres Villarroel: ¿relato picaresco o autobiografía moderna?», págs. 163-169.

1. El autor y su única obra

Joaquín de la Ripa y Blanque, nacido hacia 1716, fue militar y matemático, interesado en las aplicaciones de esta ciencia al arte de la guerra. Apenas conocemos nada de su vida fuera de lo que se incluye en su autobiografía. Cuando tenía dieciséis años, en junio de 1732, participó en la reconquista y pacificación de Orán llevada a cabo por la flota del duque de Montemar. Tras un breve paso por Cartagena, volvió a la costa africana para tomar parte en la batalla donde perdió la vida el marqués de Santa Cruz, capitán general. Herido, salvó su vida milagrosamente, pero padeció varios meses de hambre y enfermedad en Orán. Para medrar, se dedicó a las matemáticas y pasó un examen en Cádiz. Estuvo como artillero en Nápoles algún tiempo y luego regresó a Cádiz. Debido a un incidente violento, tiene que escapar de la ciudad. Estuvo en servicio en Orán otros cinco años. Cuando estaba progresando en el ejército, una enfermedad le obliga a volver a España, donde cae otra vez en la miseria. Tras intentar ser reclutado en Alemania, tiene que regresar a España y pasa por Barcelona, donde se hace sospechoso y es encarcelado algunos días. En el momento de escribir su libro dice estar viviendo en Brihuega.

Hasta donde sé, Joaquín de la Ripa no ha realizado nada en el terreno de la literatura, ni en ningún otro oficio, que sirviera para conservar memoria de su nombre, excepto escribir su autobiografía en 1745: *Vida y aventuras militares del filomatemático D. Joaquín de la Ripa y Blanque, escrita por él mismo, en que da noticias de las campañas y funciones que se ha hallado en la guerra de Orán y de Italia, con una escuela militar para ser perfecto soldado, y algunas imposiciones matemáticas. Dedicada a la Soberana Emperatriz y Reina de los Ángeles, Esposa y Madre de Cristo Señor Nuestro, María Santísima del Pilar de Zaragoza*, Imprenta de José González, Madrid, 1745, 6 hs. + 52 págs. a dos columnas⁵. Es, pues, uno de los raros casos de autobiógrafos que no imprimen

⁵ Empleo el ejemplar de la biblioteca del ovetense Instituto Feijoo, mediante una reproducción por fotocopias; las citas se dan con ortografía, acentuación y puntuación modernizadas y remitiré entre paréntesis a la página y columna correspondiente. Pueden verse las descripciones de G. Mercadier, *op. cit.* —único estudio sobre este opúsculo— y F. Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, VII, CSIC, Madrid, 1993, nº 870, pág. 140. Se incluye el asiento bibliográfico en el tercer tomo del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de B. J. Gallardo (pág. 298), sin ningún comentario. P. Álvarez de Miranda incorpora la *Vida* de Ripa al corpus de sus *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Real Academia Española, Madrid, 1992, pág. 138, pero solo lo usa para referenciar una palabra. M. Z. Haftner, por su parte, se ocupa de Ripa en su somero repaso de la autobiografía dieciochesca [«Two perspectives on self in Spanish autobiography (1743-1845)», *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, 16, 1-2, 1993, págs. 77-93], mas parece conocer la obra solo a través de las citas que hace Mercadier. El fragmento de la *Vida* que narra la campaña de Orán, se publicó como apéndice a dos biografías del general muerto en aquella expedición: Á. de Altolaguirre y Duvale, *Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marzenado*, Imp. del Cuerpo Administrativo del Ejército, Madrid, 1885, págs. 139-141; J. de Madariaga y Suárez, *Vida y escritos del Marqués de Santa Cruz de Marzenado*, Est. Tip. de Enrique Rubiños, Madrid, 1886, págs. 596-598. Ambos copian el mismo pequeño trozo a partir

su vida para justificar una reputación previamente adquirida en algún ámbito público, y además, igual que Gómez Arias, lo hace a una edad muy temprana, al filo de sus treinta años.

El volumen apareció con todos los requisitos legales y contiene los siguientes elementos: antes de la portada una «Nota» indica la calidad del papel y letra; sigue la portada; dedicatoria: «A la más bella nube, que del mar se eleva, y a la Reina de los Ángeles, y Madre de pecadores, mar inmenso de gracias María del Pilar de Zaragoza» (2 págs. sin numerar), firmada «El Artillero y Bombardero, Don Joaquín de la Ripa»; «Censura del R. P. P. D. Cristóbal de Campos, del Orden de N. G. P. S. Basilio, Secretario Provincial, y Abad, que fue de su Colegio de dicho Sagrado Orden, en la Universidad de Salamanca» (1 pág. sin numerar); «Licencia del ordinario», Don Miguel Gómez de Escobar, inquisidor ordinario (1 pág. sin numerar); «Aprobación del Rmo. P. Mro. Fr. Miguel de Cárcamo, del Orden de San Benito, Doctor Teólogo, Catedrático de Prima de la Universidad de Hyrache, Secretario General que ha sido de su Religión, y actual Visitador General de ella» (1 pág. sin numerar); «Licencia del Consejo» por Don Miguel Fernández Munilla (1 pág. sin numerar); «Fe de erratas» por el Licenciado D. Manuel Ricardo de Rivera (1 pág. sin numerar); «Suma de la Tasa» por D. Miguel Fernández Munilla (1 pág. sin numerar); «Introducción» del autor (1 pág. sin numerar, a 2 cols.); «Prólogo al lector» del autor (3 págs. sin numerar, a 2 cols.), que termina con «En elogio del autor de esta obra. Octava», sin firmar; «Vida, y aventuras; nacimiento, y crianza de Don Joaquín de la Ripa» (páginas 1-52), es el epígrafe único de toda la narración corrida, a dos columnas; finalmente hay una hoja desplegable: «Desempeño español», con una información de tipo matemático y de ingeniería militar, que se ofrece a impartir personalmente.

En las censuras, licencias y aprobaciones que figuran en la edición se menciona un título ligeramente diferente: *Vida y aventuras militares del Filomatemático, el artillero y bombardero Don Joaquín de la Ripa, escrita por él mismo*. Por otra parte, el anuncio de venta que publicó la *Gaceta de Madrid* el 5-X-1745 hablaba de «Papel nuevo: *La más trágica Vida, y Aventuras Militares del Filo-Matemático D. Joaquín de la Ripa, escrita por el mismo*; en la Librería de la Calle Mayor, entrada del Portal de Manguiteros». Un año más tarde, cuando se repite el anuncio, se lee: «El papel intitulado: *Vida del Soldado, Campaña de Italia, y Escuela Militar*, su Autor D. Joaquín de la Ripa; en la imprenta de José González, calle del Arenal» (*Gaceta de Madrid*, 6-XII-1746). En el prólogo se habla también del libro como su «ascendencia, vida y aventuras militares», mientras que el epígrafe único que encabeza el texto propiamente dicho reza «Vida, y aventuras; nacimiento, y crianza de Don Joaquín de la Ripa». A excepción del elemento militar y aventurero, específico de Ripa, todo lo demás

de un ejemplar de la Biblioteca Nacional, sin ofrecer ningún dato o comentario adicional, aunque Madariaga lo considera un relato más fiable que otros sobre la campaña oranesa (págs. 197-200). Mercadier había preparado una edición moderna del libro de Ripa que, sin embargo, no ha llegado a publicarse.

inequívocamente remite hacia Torres Villarroel. En esta autobiografía, sin embargo, el influjo del salmantino está más diluido y personalizado que en el caso de Gómez Arias. A veces da la impresión —y esto es un juicio subjetivo sobre el que no quiero hacer hincapié— de que Ripa imita a Torres llevado por una moda que pretende aprovechar, pero que su peculiar talento en absoluto le conduce por ese camino, ya que su estilo verbal y narrativo es mucho más sobrio y directo, sin tantos recovecos como el de los dos astrólogos que le precedieron.

El texto adopta una disposición de narración continua, de una sola tirada desde la genealogía hasta el momento de la escritura. En el prólogo el autor informa de que su intención hubiera sido escribir un tratado algebraico, pero que se lo impide una fuerte migraña que padece, por lo que ha decidido redactar su vida. No es un razonamiento muy lógico, en realidad, pero es sustancial que su acto autobiográfico se haga partir de una frustración intelectual que se detectará a lo largo del libro en su problemática relación con las matemáticas. Es el mismo deseo de apología profesional y afán de aceptación que preside las obras de Torres y Arias. Es lo que destaca también Hafter, que enfatiza el sentimiento de frustración y fracaso profesional de Ripa como el principal móvil autobiográfico⁶. Luego, en el cuerpo de la obra, cuenta de forma cronológica los sucesos que he resumido en la biografía, desde los dieciséis años. Una vez llega al final de su trayectoria, el libro continúa con un autorretrato y un elogio de la vida militar, ciertamente contradictorio con el ejemplo práctico de la misma que ha venido trazando por medio de su propia experiencia⁷. Finalmente, la obra se cierra con un episodio que sirve para reclamar la necesidad de fundar una escuela de matemáticas.

Mercadier caracteriza la estructura del libro según un modelo novelesco bien conocido: una severa selección de acontecimientos destacables que dibujan una trayectoria de ascensiones sucesivas en la estimación social y profesional, seguidas de repetidos golpes del destino que lo hacen caer:

La choix opéré vise à accentuer l'effet de contraste entre l'effort, lent et fragile, pour se hisser vers la reconnaissance d'autrui, et la brutalité

⁶ «This autobiography, I propose, is less an artillery officer's vaunting his role in various campaigns than a man's wanting to make public his, to him, unique experiences, especially his painful defeats when trying to establish himself as an educator. His criticism of adverse social circumstances and the interest in making a name for himself as a person of more intricate nature lead me to suggest that his *Vida* supports my initial proposition» (M. Z. Hafter, *op. cit.*, pág. 83).

⁷ «Un récit de vie traditionnel aurait pu s'en tenir là. Mais voilà que Ripa se lance dans un autoportrait [...], puis son discours prend un nouveau tour: tout en se référant à son expérience, il se lance dans un éloge lyrique de la vie militaire, en vrai sergent recruteur qu'il fut parfois (à ce qui'il semble...). Oubliée la misère oranaise ou napolitaine, oubliés les désastres de la guerre! Et il propose une sorte d'*Oráculo Manual* à l'usage du bon militaire, dont certaines maximes bien frappées conviendreraient tout autant à l'usage civil» (G. Mercadier, *op. cit.*, pág. 120).

des chutes répétées. Ansi s'engendre une dynamique narrative qui a déjà fait ses preuves depuis que le roman existe⁸.

Igualmente tradicional en la novelística del siglo anterior es el situarse en relación al movimiento alternante de la rueda de la fortuna y la visión del mundo como teatro en el cual el protagonista es solo un personaje (en ocasiones habla de sí mismo en tercera persona, buscando un efecto de distanciamiento). Otro de los modelos literarios es, naturalmente, Diego de Torres Villarroel; Mercadier estudia tres secuencias del texto que le parecen escritas directamente sobre la pauta del salmantino: la narración genealógica, la de su nacimiento e infancia y el autorretrato. Es original Ripa, en cambio, en su proyecto de escribir la propia vida dentro de un presunto marco de carácter didáctico: la composición de un manual para el uso de los soldados, lo que supone, en realidad, una restricción al audaz gesto de atreverse a contar su vida del que Mercadier hablaba antes. Hasta aquí podemos considerar los juicios críticos publicados sobre este desconocido texto, del que paso a presentar mi propio análisis.

2. Preliminares y excusas

El deseo de respetabilidad rodea todos los elementos de la presentación del texto, comenzando por el título, en el que se subraya su valor testimonial sobre las campañas de Orán e Italia; el contenido militar y matemático, es decir, su valor didáctico no menos objetivo; la dedicatoria a la Virgen, que se expresa en términos tan exaltados como convencionales y, aunque no posee un contenido que valga la pena reseñar, sorprende por su mera presencia⁹. La censura de Cristóbal de Campos destaca como único punto que resaltar que «da, con su acostumbrada elocuencia, las más ciertas noticias de las Campañas de Orán, entretejidas con hermosa variedad, las sucedidas en Italia». Esto es, se encarece el valor documental junto a los primores del estilo, pero no su contenido autobiográfico. El inquisidor ordinario, Miguel Gómez de Escobar, concede su licencia escuetamente, por no encontrar nada reprobable, pero Fray Miguel de Cárcamo añade en su aprobación que «su narrativa redonda a una serie de sucesos que puede servir de enseñanza a tantos como lo necesitarán en la escuela severa de la militar disciplina». Siguen las licencias del Consejo, la certificación de ser el impreso conforme con el original aprobado y la suma de la tasa (seis maravedíes cada uno de los seis pliegos y medio de que constaba el folleto). En todos estos preliminares Ripa ha querido dejar claro, más allá de

⁸ G. Mercadier, *loc. cit.*, pág. 121.

⁹ Tiene que ver con esta dedicatoria el hecho de que Ripa tomase a esta Virgen por su patrona personal, como ocurre en el lance más duro de la guerra de Orán: «[...] me encomendé a la Virgen del Pilar, mi abogada, para que intercediese con su precioso hijo, me sacase de aquel riguroso peligro y lamentable aflicción» (13b-14a).

las imposiciones administrativas, la fiabilidad de su propuesta literaria. El valor autobiográfico no se destaca ante el público como un dato reseñable, sino que la legitimación del escrito está basada en su utilidad objetiva. En esto dibuja un trazo muy diferente de la altanería de Torres, que proclama la glorificación de su *yo*.

La introducción vale la pena ser reproducida íntegra:

Aquí hallarás la más trágica vida, aunque la más divertida, que hombre en este mundo puede tener. Verás un emporio lleno de sucesos, y teatro espacioso de casos militares. También verás cómo se me ha mostrado la naturaleza madrastra, pues les ha dado paso a los desaires de mi fortuna, no queriendo esta que me haya servido la aplicación al estudio, ni el practicarlo en campaña, así en tierra como en mar: en esta fluctuando entre uno y otro elemento, equívoco entre la muerte y la vida, teatro fúnebre o ataúd anticipado; en la otra todo el tiempo ha sido eclipse del alma, paréntesis de mi vida, pues he estado al aguante del hambre, a la sed, al calor, al frío, al agua, a la desdicha, a la porquería, a los palos, a las balas y a las cuchilladas; humillado a la sujeción, al trabajo y al desvelo. Bien podía la fortuna haber tenido paz con mi naturaleza, pero ha sido tan al contrario, que ya que la naturaleza me ha favorecido, prestándome salud, la fortuna me ha deslucido, negándome lo que yo deseaba, suponiendo que lo que yo he pretendido ha sido pedirle a la fortuna cartas de favor para la muerte, empeñándola que me dé un pasaporte general para el Purgatorio, que es cuanto puedo pretender. Vide también mi memorial al Consistorio Supremo de la fortuna, que me excuse en mi última enfermedad de médico, cirujano y botica, y de los lloros que comúnmente suceden de mujer, hijos y hermanos, que las funerales que a mi alma se le hagan, después que yo me haya escapado de este mundo, sean acompañadas de salva con la artillería y morteros, juntamente jugará la fusilería con el toque de cajas, clarín y timbal. Esto es lo que he pretendido y nada más, pues en cuanto al entierro y se da por supuesto que si el tiempo da lugar para recoger los muertos, también me llegará a mí la tanda, y si no, después de muerto, mas que me quemen, que también yo lo he hecho con otros en campaña, por libertarme del hedor: esta será mi infiusta suerte, hija primogénita de mi fortuna.

Por su parte, el «Prólogo» se abre con reflexiones metaliterarias en torno a la costumbre de los autores de anteponer prólogos a sus escritos, en una línea muy barroca y muy torresiana: todos se quejan de la porquería de sus escritos, de que no hay nada nuevo... con muchas autoridades (San Anselmo, San Jerónimo, San Agustín). En estos tiempos «hay más libros que letras», de ahí que sea difícil ser original y abunden las críticas. Hay tantos gustos como personas, mas el escritor ha de seguir su propio genio. «Así, discreto lector, con más razón que todos me hallaba lleno de temor en dar al público esta mi tosca obra». Este revoltijo de tópicos e ideas vulgares no parece tener mucho sentido ni aplicación al caso concreto. A partir de ahí entra en extremos más interesantes.

Afirma que hay dos motivos que le hacen temer al público: no tener la elo-
cuencia necesaria para su empeño y que, «como poco maestro, no hallarás en
este tratado cosa especial que aprender». Es decir, por un lado vemos el tópico
de la humildad y el estilo desaliñado y por otro la necesidad de encontrar un in-
terés objetivo, una utilidad, para lo que se escribe: ambos clichés tienen amplio
rendimiento en diversos géneros literarios, pero están muy especialmente ligados
a la tradición de la autobiografía. Contesta a ambas objeciones con argumentos
igualmente propios de la literatura personal: el valor de la experiencia, el criterio
de utilidad y el criterio de amenidad. En efecto, se proclama como persona poco
docta, que ha estudiado «poca latinidad», pero su escuela han sido los campa-
mentos militares, así que tiene una sabiduría práctica acerca de lo que habla. Por
otra parte, «me disculpa mi intención, que es poner escuela en este tratado para
que aprenda el soldado el modo que ha de tener para ser atendido y estimado». Por
último, y no menos importante, aunque relegado a un lugar retóricamente
secundario en la argumentación —que no en la práctica del texto—, remite a
una vocación de narraciones de entretenimiento, en la línea novelesca: «encon-
trarás también para tu recreación mis aventuras de campaña, una por una, y te
harás cargo de mi vida y rueda de mi fortuna».

Llegado a este punto del prólogo, se engolfa en una extraña disquisición
sobre un tratado de álgebra que estaba preparando. Durante cerca de una página
describe las tablas de logaritmos, etc., que pretendía establecer. Parece que
desease destacar sus méritos como matemático, aunque eso no encaje *a priori*
en el contenido de un opúsculo autobiográfico. Su descripción se me antoja
muy confusa, tal vez por mi poca competencia en la materia, tal vez por la
suya, porque termina con esta asombrosa aseveración:

No doy este tratado a luz ahora, pues aunque estoy tal cual medianamente puesto en las tres maneras de álgebra, metiéndome a resolver sus cuestiones me hallo confuso, se me amontona el juicio, me vuelvo loco y desatinado, tanto que me precisa algunas veces a dejar la pluma, tirar el papel y echarme en la cama con un dolor de cabeza tan grande que me parece estar algunas veces cercano a dar un salto a la eternidad.

Y volviendo a su victimismo programático, termina diciendo que sus penas como matemático le indujeron a torcer su pluma del álgebra para contar su «ascendencia, vida y aventuras militares», aunque son tan conocidas —dice— que cualquiera respaldará la veracidad de los servicios que ha prestado al Rey. Por ahí parecen apuntar los móviles reales: proclamar sus méritos militares para acreditar a la vez sus conocimientos científicos. Acaba con un último argumento de utilidad que tendrá mucho rendimiento al final de la *Vida*:

[...] lo que me ha movido a dar este tratado al público, ha sido por dar a entender a los animosos españoles la vida que pasa el soldado [...] y

[para que] se anime [el lector] a salir a campaña, que es donde se hacen hombres los que no lo son, y donde se halla honra, crédito y fama.

Vemos que Ripa antepone no una, sino dos explicaciones preliminares a su autobiografía. Eso es menos curioso cuando advertimos que lo mismo se hace en la *Vida* de Torres Villarroel. Sin embargo, se puede también tratar de encontrar un sentido interno a esta división entre «Introducción» y «Prólogo al lector». Según mi criterio, esta doble presentación se corresponde con una duplicidad en el discurso autobiográfico: así separa dos motivaciones que en principio son alternativas, pero que confluyen. En la «Introducción» busca una perspectiva puramente autobiográfica y se expresa en términos personales, adoptando el papel de víctima que va a encarnar en todo su opúsculo. Esta introducción está dominada por el diálogo con el lector, refiriéndole sus conflictivas relaciones con la Fortuna, responsable de la desdichada vida del protagonista, y con la Naturaleza, perversa «madrastra» que ha dotado de sus mejores dones a Ripa para luego permitir que la Fortuna los haga inútiles. Es un victimismo parecido al que se ve en la *Vida* de Gómez Arias. Se insiste en la idea barroca de que la vida es un repetido fracaso, en un tono lastimero y bajo la continua sombra de la muerte, pero siempre desde el planteamiento autobiográfico: una persona que expone a la consideración del público su vida personal sin más utilidad que el valor ejemplar que puede deducirse del relato.

En cambio, el «Prólogo» nace de la precisión de hallarle una utilidad objetiva a la narración autobiográfica —significativamente denominada «tratado»— que no sea la de exponer sin más la «trágica» y «divertida» peripécia del autor. Salta a la vista que Ripa no concibe el acto autobiográfico de manera autónoma, demanda excusas que le liberen del reproche de ser un vanidoso por hablar de sí mismo. Es, desde luego, un rasgo general de muchas épocas de la autobiografía el encubrirse bajo el manto de la utilidad, pero a Torres Villarroel, sin embargo, ya no le importó exhibirse sin más pretextos, como lo habían hecho otros en el siglo XVII y harían otros en tiempos posteriores. Ripa, además, no intenta conciliar los dos principios, el autobiográfico y el didáctico, sino que los presenta en dos discursos paralelos.

No obstante, la línea presuntamente didáctica, ejemplar o de legitimación intelectual apenas se desarrolla en el relato, salvo al final. A última hora, lo que define la historia contada atiende a la busca de amenidad novelesca, con una selección de la materia bien escorada hacia ese sentido. El contenido anecdotico, abiertamente picaresco, junto con la lastimera pose de víctima, se construye según la imagen de la rueda de la fortuna y de los continuos y arbitrarios cambios de estado y oficio. Esa disposición está dominada por la idea de ascenso social; hay una permanente obsesión en Ripa, más bien sombría, por decidir qué va a hacer con su vida en cada momento, por ver dónde encontrará mejor acomodo. La perspectiva es negativa, ya que se siente casi siempre fracasado en sus aspiraciones por culpa de funestos giros del destino, enfermedades o erróneas elecciones. Si la fijación en el medro, la tensión

ascensional, es una cualidad burguesa, la insuficiencia psicológica con la que esa tensión se resuelve por medio de la acción de la fatalidad, dibujando una trayectoria vital zigzagueante e incoherente, a la vez que inverosímil, es un elemento arcaico, de pura tradición picaresca, que difícilmente se puede haber inspirado de Torres. Por otra parte, una diferencia muy sustancial respecto a Arias y Torres en la forma de tratar el victimismo por parte de Ripa es la inexistencia de jactancia o vanidad. Frente al desbordado egocentrismo de los dos *piscatores*, que compensa y contrarresta las convencionales quejas de autoaborrecimiento moralista, el artillero se mantiene en un tono mucho más neutro y regular. Es ahí seguramente donde más aflora el vínculo entre autobiografía y práctica pública de la astrología y la literatura por parte de los otros dos autores, que está ausente en Ripa.

3. Intereses narrativos

En la introducción Ripa afirma que su vida es «la más trágica [...] aunque la más divertida», y que es un «emporio lleno de sucesos y teatro espacioso de casos militares». Con más claridad todavía, en el prólogo justifica su osadía autobiográfica según un criterio de amenidad: «encontrarás también para tu recreación mis aventuras de campaña, una por una, y te harás cargo de mi vida y rueda de mi fortuna». Estos términos remiten a una concepción de la narrativa como suma de anécdotas divertidas a la par que aleccionadoras. La palabra «aventura» aparece una y otra vez para referirse a los asuntos que narra, al igual que «curiosidad», que remite al territorio de lo ameno y lo fuera de lo común.

La búsqueda de tal interés narrativo en las aventuras implica un desdén parejo por cualquier otro contenido; no hay el menor intento de ofrecer una imagen coherente del mundo y la sociedad que le rodea o de los hechos de su tiempo. Así, Ripa construye una autobiografía centrada única y exclusivamente en su peripecia, en lo que hizo, vio y dijo. Se despreocupa de describir el entorno o los sucesos históricos, más que en la pequeña medida en que eso sea ilustrativo de sus asuntos¹⁰. Ni siquiera en la campaña de Orán, el hecho célebre en que estuvo, que se menciona en el título y que en parte justifica la escritura y el interés de sus recuerdos, facilita una idea precisa de las operaciones militares, ni un cuadro general del acontecimiento; solo nos dice lo que le pasó a él, cuidándose más del hambre y las incomodidades que del conflicto que se ventilaba.

De hecho, aunque una constante de la autobiografía militar que se escribe desde la perspectiva de los soldados es la crítica a las malas estrategias de los mandos, Joaquín de la Ripa excluye expresamente esa posibilidad del discurso

¹⁰ A su llegada a Nápoles, una de las más grandes urbes europeas, se puede ver la índole de sus descripciones, escuetas, funcionales y desprovistas de todo énfasis: «[...] quedé gozosísimo de ver tan hermosa población y bulla de gentes, la grandeza de sus palacios, la situación tan bella que tiene» (28b). Gómez Arias presenta idéntica característica.

autobiográfico admisible: cuenta, por ejemplo, que el marqués de Villadarias, sucesor del difunto marqués de Santa Cruz, prohibió a los centinelas disparar sin orden expresa, lo que dejó a la tropa descontenta al igual que al propio Ripa, quien, sin embargo, no se atreve a formular claramente su opinión: «[...] de quién dependió la orden, no lo sé [...]. Dejemos estas novedades, que no son del caso para nuestro intento» (16a). La reticencia es de tipo político: en 1745 no se puede criticar a un marqués y general de los ejércitos en un impreso legal. Pero aparte hay una reticencia en cuanto a la materia que interesa en una autobiografía: no es su «intentó» hacer una crónica histórica ni un análisis militar de la campaña. Sumemos a esta frase otra que, de pasada, desvela las prioridades del narrador. Tras haber terminado su experiencia norteafricana plantea sus dudas sobre el destino que debía tomar su carrera; uno de los motivos que le instaban a permanecer en su regimiento, era que «ya corría yo con algunos créditos por algunos arrojillos que había hecho en Orán» (18b). El autor no ha considerado necesario contarnos esas hazañas que menciona con tan humilde diminutivo. Entonces, ¿qué hay que contar de sus aventuras militares? Si hubiera querido ensalzar su figura como soldado, tal vez lo único que relatase en esta *Vida* serían esos «arrojillos», dejando de lado la miseria y brutalidades de la soldadesca, que es su casi único testimonio.

De igual manera despacha otra de sus experiencias militares, cuando poco después de llegar a Cádiz tras decidir ser artillero, marchó a las guerras de Italia: «Los lances que en esta campaña me sucedieron, los deja en silencio mi pluma por no ser casos muy notables» (20a). El principio de selección es nuevamente patente: lo notable, es decir, lo que se sale de lo ordinario según criterios de amenidad y rareza. En ese mismo principio narrativo podemos encuadrar el sobrecogedor comienzo de su segunda guarnición oranesa: «La primera noche que subimos de la marina a la plaza se armó por raro modo una trágica quimera ['pelea']: oísla y leedla con atención» (24a). Relata de seguido una violentísima pelea de soldados que tuvo funestas consecuencias y lo hace en una página entera, con gran emoción narrativa. Lo destacable es que habla de oídas, porque no tuvo que ver en el asunto, ni siquiera lo presenció: es la única vez que la mirada se le va a un suceso ajeno, y ocurre por la «rareza» del mismo, es decir, por su valor ameno como anécdota propia de la soldadesca. Tal vez por esa razón, el autobiógrafo se siente en la precisión de justificarnos a los lectores: «Esto lo he puesto aquí para que se sepa la entrada que tuvimos en Orán y el recibimiento que tuvieron aquellos pobres, pues de nada se originó la quimera» (25a).

4. Estilo

Para Guy Mercadier, mientras que la *Vida* de Gómez Arias es una obra corta de inspiración, mera sucesión de episodios picarescos siguiendo una disposición análoga a la de Torres, la de Ripa reserva gratas sorpresas al lector. El hispanista

francés alaba la garra narrativa y la notable capacidad literaria de alguien que no era escritor profesional. Convengo plenamente en esto, pero se precisa un análisis más apurado de este punto.

Desde el punto de vista del estilo, tanto introducción como prólogo ofrecen un aspecto igualmente barroquizante, en la misma exagerada línea torresiana que practica Gómez Arias: se usa vocabulario significativo del ámbito del desengaño (ataúd, teatro, vida, muerte, porquería...), enumeraciones y series sinónimicas de valor amplificativo, frases larguísima y concatenadas hasta el colapso sintáctico, citas de autoridad, etc. Sin embargo, una vez se da inicio al relato, la redacción asume un tono uniformemente llano, pero siempre con tendencia a la frase larga, aunque de gran corrección y sobriedad, un tanto arcaizante respecto a las tendencias más modernas del XVIII. Pero Ripa también prueba suerte con un estilo sublime, muy barroco, que emplea de cuando en cuando en las primeras secciones de la obra; así, interrumpe su enunciación habitual para incrustar —dificilmente se puede nombrar de otra forma, ya que el contraste con la redacción acostumbrada es brutal— pasajes pedantes y de un pesado barroquismo verbal. Ripa, cuando escribe sin intentar empinarse, es un escritor adusto y de pocos recursos, aunque más que mediano en la narración directa que emplea la mayor parte del tiempo.

Esa desintegración de su estilo en dos registros, uno más llano que le sale con naturalidad, y otro afectado y retoricista, con el que parece querer demostrar unas cualidades que en principio no posee, solo se produce en los comienzos. Por ejemplo, el primer párrafo reza así: «En aquel empinado monte cuya orla de blanca espuma le sirve de corona al polo ártico, en aquella pirámide que por tener la cúspide de su ángulo tan eminente, le llaman el Pirineo, está sita una villa...» (1a). Poco más adelante, al mencionar la intervención de su padre en la guerra de Sucesión no ahorra ridículas metáforas sobre las águilas austriacas del archiduque Carlos: «Vino por entonces a querer dominar a este horizonte la ajena planta aguileña, y campeando los ejércitos de una y otra parte, bajó el águila rozando su grandeza desde el sol a la tierra, donde quedó, sin poder remontarse, sepultada» (2b). Estos repentinos accesos de pedantería hay que atribuirlos a un deseo de alcanzar respetabilidad literaria emulando los registros retóricos de otros escritores.

Una vez se introduce el relato en las vicisitudes de la campaña de Orán, el retoricismo se aleja. El estilo es a partir de ahí mucho más vigoroso. Sobre todo en su segunda estancia oranesa, cuando participó en la defensa de la plaza contra los ataques moros. Es entonces el momento culminante de ese pasaje y Ripa genera una gran intensidad expresiva, introduce el dramatismo y reproduce diálogos directos de clara reelaboración literaria. Toda esta parte militar está escrita en un estilo nervioso, de frase corta y directa, yuxtapuesta, que es evidentemente el que le sale de forma espontánea. Hay lugares en que busca el patetismo elevando el vuelo declamatorio, aunque sin engolamiento, sino con un patetismo de mejor ley:

¿Quién les dijera a doscientos y cuarenta y seis hombres de los que íbamos en los tres barcos, que habían de quedar por despojo de la muerte aquella tarde en el campo? ¿Y más, ciento y treinta heridos? Oh, si alguno lee estos renglones, de los que se hallaron en esta función, ¡cómo se le han de erizar los cabellos de acordarse de aquella trágica tarde! (10b-11a).

Aquí fue hacerse los españoles tanto al coraje, que como perros dañados se arrojaban a los moros; aquí era el ver jugar la reluciente espada; aquí ver a los infantes alcides envainar las bayonetas en los cuerpos agarenos; aquí fue, en fin, el encenderse la batalla, yirse ya enajenando en sangre millones de difuntos (11b-12a).

En la vibrante y dramática retirada que siguió a la muerte del marqués de Santa Cruz se encuentran los lances más espectaculares y novelescos de la sección sobre la campaña de Orán. Alguno demuestra una mayor estilización literaria, con la desmesura e inverosimilitud propias de las leyendas e historias de soldados, como cuando le cuentan la caída del general: «[...] que él lo vio caer del caballo, ya difunto, y añadió que, herido de muerte como estaba, vio él por sus ojos que mató más de doscientos moros con la espada» (12b).

Hay otros recursos típicamente novelescos. El momento de distensión que sucede a la gran batalla de Orán, lo presenta al lector «curioso» de esta manera, con una apelación directa muy torresiana para suscitar el interés en lo que sigue:

Esperando se estaba en Orán la llegada del que había de ocupar el puesto del señor Marqués de Santa Cruz, el cual fue el Marqués de Villadarias: las novedades y trabajos que hubo y pasé en el tiempo que estuvo allí de general el dicho, lea el curioso si tiene gana y lo verá (15b).

Lo mismo hace antes de introducirse en otra etapa diferenciada de su vida, cuando está a punto de lanzarse a vivir como un vagabundo con su amigo de Zaragoza, en Italia. Anuncia al lector lo que viene del siguiente modo: «[...] determiné el seguirle, juntándome con él, como paisano y camarada; pero oír las tragedias de este viaje» (31a). Y en un momento de inflexión narrativa, cuando Ripa y su grotesco compañero de camino, el domine Parra, están encerrados en Barcelona, con un incierto destino, el narrador hace una pausa dramática: «El fin que tuvimos y nuestra salida de aquella cruel prisión, prosiga el curioso y lea con atención» (37a).

No solo señala las transiciones para excitar la curiosidad del lector, sino que también acostumbra a marcar la economía del relato, como cuando termina el episodio oranés:

En estas y otras aventuras, que omito por no dilatar mi volumen, anduve bastante tiempo. Llegó la hora de salir de allí mi regimiento, con la orden de marchar a Cádiz de guarnición, pero en dos meses que estuvimos en Cartagena dispuse servir al Rey en la mar (18b).

En su segunda etapa oranesa muestra la misma voluntad de selección, por la que solo ofrece lo más jugoso de cada faceta de su vida: «[...] tampoco tuvo [él mismo] función con los moros [...] que no estuviese presente; en particular de una entre muchos, que sucedió así» (25b). Y tras contar esa «función», reitera: «No me quiero detener a referir sucesos, por ser tantos que era menester un grande libro para escribirlos» (27b). Estas acotaciones responden a un criterio restrictivo propio de su deseo de amenidad y ejemplaridad, de nuevo en línea de las narraciones de ficción. Eso también le permite neutralizar etapas poco interesantes —según ese criterio de interés— de su carrera: «[...] venimos de guardería a Cartagena: el lance que aquí sucedió lo omito por no ser molesto al lector, solo digo que marchó mi regimiento al Reino de Valencia» (28b).

Hay otro giro estilístico al introducir la materia picaresca en el relato, cuando narra su vagabundaje de Italia a España con el domine Parra. Desaparece cualquier rasgo de retoricismo y de pretensiones cultas, y a cambio hay un abundante léxico vulgar y expresiones jocosas, casi siempre referidas a la comida y a sus esfuerzos por obtenerla: «gazofía», «coritates», «ganadillo» y «rebaño de ganado» (piojos), «zoquete», «mendrugo», «pobretería», «en cuatro bocados nos engullimos el molondrusco» (33a), «haciendo el mondiú» (33b), «chuzazos», «bandullo», «con lindo garbo nos minchamos cada uno su hogaza de cuatro libras» (34a), «quinquillero», «garrafales mentiras», «bascas», «bofes», «chaufaina», «tripotes», etc.

5. Itinerario de una *Vida*

A continuación expondré con algo de pormenor el desarrollo de la materia, secuenciando el texto, que carece de divisiones internas, y comentando lo que considero más relevante.

5.1. Ascendencia (1a-3a)

Se trata de un detallado relato genealógico de tipo patriarcal, pues solo habla de la línea de los Ripa, incluyendo una historia bastante completa de la vida de su padre, Domingo. Su deseo de lucir un limpio y honorable linaje queda bien claro, así como el de presentar a su progenitor con tintes muy favorables: «por estar las raíces de su tronco tan fondeadas, no me empeño en escudriñar su abolengo» (1a-b), aunque también dice —es mera retórica— que no se extiende en la materia porque no podría hacerlo «sin algún gene-rillo de jactancia y vanagloria» (1b). De su padre cuenta que tenía genio vivo y decidido, muy inteligente, con éxito en cuanto emprendía y —aquí insiste mucho— fiel partidario de los Borbones en la reciente guerra, en la que combatió, entre otras acciones, en la jornada de Almansa, con gran valor personal. Nada que ver, por lo tanto, con la genealogía infamante de la picaresca. Aunque no carga las tintas en los valores aristocráticos, sí delata una visión

muy propia de esa mentalidad en cuanto hace a los orígenes ennoblecedores, territorio en el que el *yo* no admite autocrítica¹¹.

5.2. Nacimiento y crianza (3a-4b)

Ni en el trozo anterior ni en este, que es muy panorámico, dice nada de su madre. Habla de cómo nació en Tudela, «acaso por providencia del Altísimo para que mi fortuna fuese cumplida en un todo» (3a): se refiere —parece ser— a que el parto sobrevino en un taller de cantería de un tío de su madre que era arquitecto civil y militar, es decir, una prefiguración de su futura carrera. Pasa de forma veloz por su etapa de estudios, reduciéndose a dejar constancia de su pronto aprovechamiento y también del maltrato habitual: «[...] a los cuatro años fui entregado al azote de un maestro de escuela» (3b). La educación no le interesa porque el eje de su caracterización es otro: su carrera militar y su condición aventurera. Por eso selecciona de sus años de niñez y primera juventud su contacto temprano con la milicia: «[...] entrando por los verdes prados de la juventud, a los diez años ya hacía gavilla con los soldados [...] nos juntábamos hasta unos veinte muchachos de una edad, y todos inclinados a las armas, de manera que ya las manejábamos tan bien como los soldados» (3b), y mimaban ejercicios y maniobras castrenses, entablando batallas con los vecinos. «Nuestra retirada era el barrio: quizás era este presagio de mi infelicidad» (4a). Refiere luego algunas travesuras relacionadas con esos juegos de soldados: él y sus amigos empleaban navajas y agredían a la gente por pura diversión. Con un término muy torresiano, dice que «en estas y otras *diabluras* pasé hasta los catorce años, en la cual edad me quedé sin madre» (4a). A la madre, pues, solo la menciona por su muerte y por el intenso dolor que le provocó.

5.3. Campaña de Orán (4b-18b)

Parece tratarse del núcleo objetivo de este relato autobiográfico escrito por alguien tan joven. Cuanto hay antes es una presurosa preparación para este momento; lo que viene después tiene tintes más novelescos y carece del reclamo del testimonio histórico. El episodio comienza con su decisión de sentar plaza: «Aborrecido y confuso andaba yo cuando un día, para mí obscura noche, cuando busqué a un sargento de Flandes y que allí se hallaba de recluta, le pedí plaza, la que me dio muy gustoso» (4b). Tenía entonces dieciséis años. El relato desde su fallido alistamiento en ese regimiento, «por ser endeble» (4b), y su posterior unión a las tropas aragonesas que se embarcaron para Orán, es circunstanciado día a día.

¹¹ Respecto al valor clave que tiene el relato genealógico en las autobiografías y, en concreto, cómo sirve en ocasiones para deslindarlas del territorio de la ficción, véase F. Durán López, «Padres e hijos: el relato genealógico en la autobiografía de Santiago González Mateo», en A. Ramos Santana (ed.), *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX*, Universidad de Cádiz, 1997, págs. 69-84.

Ripa se complace en describir sus penalidades. De hecho, y aunque resulta un contraste palmario con los propósitos declarados en el prólogo, su relato incide casi en exclusiva en las miserias de la vida militar, y nada en su gloria. En primer lugar, el mareo: «[...] llegué a esta playa de Denia, aunque vivo, medio muerto, con grandes deliquios, congojas y vómitos, por ser la primera vez que había entrado en la mar» (5a). Se arrepentía de haberse alistado y «maldecía mi fortuna» (5a), pero no era por cobardía ni miedo a los moros, con los que deseaba tratar combate, sino por el mareo. Las quejas de todo tipo menudearán desde este momento. Ansiaba el desembarco porque estaba rendido por «aquella melancolía que allí me acompañaba y me asistía con algún género de calentura» (6a): tenía el cuerpo estragado por los vómitos y el hambre. Dedica varias columnas a la falta de alimento que parece era la principal obsesión de aquellos soldados. Al desembarcar y pasársele el mareo, recuperó el apetito:

[...] el pan que me dieron para tres días, me lo engullí en el primero, y los otros dos restantes, estuve tan a diente y muerto de hambre, que por tan desfallecido no podía mantener ni aun el sombrero en las manos. Ya por fin que experimenté qué era estar un hombre hambriento... (6b).

No encuentra quien le dé algo de comer y con el miedo que le producía su guardia como centinela «engañé dos sueños que me pillaban: que era el de dientes y el natural. Toda aquella noche pasé pensando en diferentes banquetes que había tenido buenos en mi mocedad y con esto ya algo me consolaba» (7a). En ese expresivo episodio famélico, que podría dar lugar a un momento picaresco memorable, no hay distanciamiento jocoso, ni pérdida burlona de la propia dignidad.

Al entrar en Orán los soldados intentaron saquear las casas, pero Ripa apenas sacó cosa de valor. Lo cuenta sin énfasis, humor ni distancia. Lo que destaca es el banquete que se dio en cuanto pudo vender el magro producto de sus pillajes y cómo otra de sus bajas pasiones, el juego, le hizo perderlo:

En fin, alegré muy bien mi escaparate; determiné con los once reales que me habían quedado ponerme a jugar y ver si podía ganar para ayuda de ir repastándome, después del rancho, mientras durase el acampamento, pero (oh, desgracia) anduve tan al revés la rueda de mi fortuna, que no solo perdí los once reales, sino que por ver si podía desquitarme, saqué la otra media manta, y sobre diez y ocho reales que jugué sobre ella (ojalá hubiera echado con mil satanases el juego) a las dos veces que dije paro y pinta, se enfadó tanto la manta de mí que se puso a servir con otro amo. Ya me quedé, en fin, *in albis*, sin dineros y sin mantas... (8a-b).

Hay elementos potencialmente apicarados: un leve tono humorístico, el juego, el hambre, la soldadesca, la mala fortuna, el amo, la ausencia de toda visión heroica de la guerra... Pero no hay en esta sección el deseo de hacer derivar el relato hacia ese territorio, como ocurrirá en momentos posteriores.

El mismo aire neutro sirve para las ocupaciones militares, de las que se queja sin presentar nunca aspectos heroicos: «En esta temporada que estuve en Orán no fueron los trabajos inaguantables, aunque el comercio andaba bastante tirado y mucho trabajo de guardias, retenes, rancho y cuartel» (9a). Luego embarcó a Cartagena, donde estuvo dos meses antes de ir de nuevo a la plaza norteafricana, con gran disgusto. Regresó en el momento crítico de la defensa de Orán por los españoles. Aquí aumenta la intensidad expresiva, y empieza a introducir diálogos. La parte más emocionante, de poderoso aliento narrativo, es la retirada que siguió a la muerte del marqués de Santa Cruz. En ella Ripa estuvo al borde de la muerte y no ahorra detalle sangriento, con vocación de tremendumismo:

[...] quitáronle de una cuchillada la cabeza a mi compañero; a mí en un chuchazo me dejaron colgando las narices y fue la fortuna de pasarme el chuzo atravesado, pues si me hubiera cogido de frente, me hubiera abierto ventana a los sesos (13b).

Pero quizá lo más asombroso de su reconstrucción es la forma antiheroica con que cuenta que escapó huyendo («tiré el fusil a tierra y corrí presuroso a arrojarme por un despeñadero», 13b) y se ocultó a duras penas en una caverna. Más adelante insiste en sus sufrimientos, en la herida, el miedo y, al regresar al cuartel en Orán, en su «descanso», que consistió en recoger cadáveres y enterrarlos en una cantidad que precisa con todo detalle.

Mantiene, por tanto, una línea de crudeza que sigue sorprendiendo por la imagen tan dura que impregna su retrato de la vida militar, adecuada en una visión novelesca, pero contraproducente en una apología del ejército, que es como el autor intenta justificar su obra. Esto sobresale más en la parte que sigue, donde se narra la etapa posterior a esta batalla, bajo el mando de un nuevo general. La imagen de los padecimientos del ejército es estremecedora: «Siete meses estuve en esta ocasión en Orán, que fueron siete meses de infierno, por los trabajos que pasé de hambre, sed, desdicha, palos, enfermedad y cuchilladas» (16a). Hubo también una terrible epidemia entre las tropas, motivo de una patética exposición de sus devastadores efectos.

En aquel tiempo se ahorcaba mucha gente, en particular naciones ['extranjeros'], por cogerlos fuera de la línea y pasarse a los moros. El hambre que en esta ocasión pasé en Orán, fue intolerable, motivo para estar tres veces enfermo; me ponía los más de los días en paraje de perder de la vida por buscar que comer (17b).

No obstante, y siguiendo una técnica muy propia de modelos picarescos, en medio de este terrible asunto entremete un episodio humorístico sobre su torpeza para preparar el rancho, que le salía todo caldo «que parecía agua de fregar» (17b), provocando las iras de sus compañeros. Pero a continuación, con

violentísimo contraste, nos cuenta una cosa brutal: los soldados recogían cabezas de moros muertos para vendérselas al boticario, pero el precio bajó tanto por la gran oferta que existía, que éste les pidió mejor que le llevasen unto de hombre.

[...] salíamos la gente de mi regimiento, después de retirados [...] de la función a buscar cuerpos muertos, y como lobos carníceros los abríamos, y sacándoles las tripas, afeitábamos con afiladas navajas el unto que se hallaba pegado en el hueso del espinazo, y para media tacita abríamos siete u ocho moros, y se los llevábamos al apotecario por la miseria de doce reales de vellón, que era a lo más que se alargaba. Ibamos contentísimos al bodegón... (18a).

5.4. Artillero en Cádiz (18b-23a)

En 1733, el periodo posterior a Orán conoce un cambio de rumbo en la narración, que va a inclinarse por materias de naturaleza picaresca, olvidándose de esta antiepopeya tremenda de la vida del soldado que ha practicado hasta entonces. Empieza con las dudas que le asaltaban sobre su futuro: «[...] me hallaba en los principios del año de treinta y tres, confuso sin saber qué rumbo tirar» (18b). Si se quedaba en su regimiento, los ascensos serían lentos; si salía, tendría que empezar de nuevo en otro y así no haría nunca carrera en la milicia. Decide ser artillero, lo que implica emprender estudios de geometría y matemáticas. Él mismo declara que no sabía apenas nada, pero deslumbró a unos examinadores mucho más ignorantes que él. A partir de aquí hay varios lances de corte picaresco.

Para unirse a su nueva unidad en Cádiz tuvo que escaparse, literalmente, de su regimiento, a hurtadillas y llevando vestida toda su ropa una encima de otra, para ocultar la fuga. «Cogí algunos trastillos y unos librejos que tenía y me salí con mucho disimulo del cuartel» (19b). Fue artillero dos años. Estuvo en las guerras de Italia, de las que apenas cuenta nada: se limita a dar una noticia general de sus viajes por el Mediterráneo y de cómo compró libros en Barcelona que le hicieron adelantar en las matemáticas.

Empecé a tomar crédito de buen artillero y bombardero. Bien advertía yo que mi fama volaba en Cádiz y [...] me ensanchaba y vanagloriaba mucho, pero por otra parte notaba que era más el ruido que las nubes, pues del ajuar de libros que tenía reparaba que ignoraba la álgebra y trigonometría, y que eran unas partes muy esenciales para resolver diferentes proposiciones matemáticas (20b).

Por medio de estas dudas y repentinos cambios de destino entra lo que va a ser el elemento básico de la interpretación de su propia vida: la varia fortuna. Esto enlaza con el desengaño barroco, con el desprecio contrarreformista por la condición humana y la vida terrenal, y con el victimismo de que hace gala en prólogo e introducción. Hasta este momento, esa condición quejumbrosa se

ha mostrado aquí y allá en el interés puesto en relatar cuantas cosas malas le han pasado (la muerte de su madre, sus penas en Orán, su incertidumbre sobre qué hacer con su carrera...); a partir de este punto, la idea central —no siempre bien motivada psicológicamente ni explicada narrativamente— es la de continuos altibajos. Ripa hace esfuerzos por mejorar su suerte y ascender en el ejército, en la ciencia y en la sociedad, pero cuando mejor le van las cosas aparece siempre alguna desgracia que malogra su destino y le hace perder lo ganado. Así, en sus años gaditanos resalta sobre todo su rápido adelantamiento profesional e intelectual, que le enorgullece tanto como a Torres Villarroel el suyo propio, aunque con una humildad mayor que en el salmantino. Pero en esto llegó el desastre:

Llevado de la juventud, me paseaba muy ufano en Cádiz a los principios del año de treinta y cuatro, y jactancioso de hallarme en aquel escalón de crédito de buen artillero; pero como el diablo nunca para de buscar zancadillas para perder a los hombres, me buscó a mí una con que me cortó el paso que yo llevaba para mis ascensos, pues discurro que habiendo tenido salud y seguido la carrera que empecé diera hoy más honra a mi patria. El caso fue este (20b-21a).

Es un típico «caso» picaresco, una pelea de soldados en el barrio de la Viña, entre granaderos de dos regimientos distintos, con los que se mezclaron un grupo de artilleros con quienes estaba Ripa. Tras una vibrante narración del altercado, los suyos tuvieron que huir y acogerse al convento de los capuchinos durante varios días. Su carrera se echó a perder porque le acusaban de haber malherido a uno de los contendientes. Había orden de detenerlo:

[...] considerando también cómo armó el diablo la traza para perdernos, determiné el perder todos mis créditos, saliéndome del camino que me convidaba la fortuna; perdí, en fin, libros, papeles, estuche e instrumentos que yo tenía [...] y consentí en marchar (22a).

Se escapó en una fuga rocambolesca, disfrazado de capuchino para burlar a los centinelas de la Puerta de Tierra, andando hasta llegar al Puerto de Santa María. En Bujalance se encontró con el reclutador de otro regimiento, en el que sentó plaza por cinco años:

Los servicios que hice al Rey en este regimiento, bien notorio es en la Corte, donde se hallan diferentes amigos que fueron compañeros tres años en Orán, pasando infinitos trabajos, y algunas funciones con los moros, como luego diré (23a).

5.5. *De nuevo en Orán (23b-28b)*

Su nuevo destino y posterior embarque a Orán los narra con presteza y con ese estilo directo que es su mejor registro. Hace un elogio —paisanaje obliga—

de sus compañeros de armas navarros y aragoneses, «gente toda valerosa y muy arrojada, nada cobarde, nada traidora, siempre constante a su Rey» (24a). Comienza luego con la crónica, un tanto desviada de su estricta autobiografía, de una monumental pelea entre los soldados recién llegados a Orán. El resto de su historia norteafricana consta de un largo pasaje panorámico donde describe con las tintas más negras su lamentable vida de soldado, y otro no menos largo que relata una acción de guerra. Respecto a lo primero, aunque es un fragmento largo, merece la pena copiarlo:

Veinte y seis meses estuve en esta ocasión en Orán, con sumo trabajo de guardias, retenes, estacamientos, y el día en que esto no me tocaba, me esperaba el rancho, el cuartel, por pan, aguador, y otros diferentes servicios que se le ofrecen a Juan Suizo. Muchas veces me sitió el hambre, la desdicha y piojería; bajábame algunas tardes al arroyo de la fuente a lavar la camisa, y mientras se enjugaba, hacía escotula de la demás ropa: solía pasar a degüello dos mil de aquéllos, que a bocados me hacían pasar muy malas noches. Andaba muy mal aparatado de ropa, en particular de camisas, pues pasé algunas temporadas con algunos puños y cuellos tan viejos que parecía no tenían ni aun *materia prima*, y estos en que me veía de encontrarlos; los remiendos de los cuerpos de las camisas eran de papel de estraza, remendadas de mi mano, para cuyo oficio, como no tenía agujas, me servían los compases. Por un pan de munición, solía hacer algunas guardias; echeme en mis faldriqueras tabas, dados y barajas, y corría con las cuentas y baratos de diferentes camorras. Hacía gavilla con todo género de personas solo por comer, fregaba las ollas por su cuarterón de pan, partía leña a otros rancheros por que me diesen cigarros, sostenía algunas pendencias por otros, en particular, cuando se armaba en punto que tocase a la bocólica¹² y al juego; siempre me tiraba a la parte que llevaba dinero ganado, por el anhelo de que me convidase al bodegón. Finalmente cobré la fama de tan mala cabeza que me decían en mis barbas que por dos cuartos de tritopetes y de callos me daba de cuchilladas con el que se me ponía delante. No había fandangos, siestas, comilonas y saraos adonde Ripa no se hallaba, pero tampoco tuvo función con los moros, en los campos y en las huertas, de noche o de día, que no estuviese presente, en particular me acuerdo de una entre muchos, que sucedió así (25a-b).

Este trozo de la *Vida* da la pauta de la manera en que el artillero aragonés refleja su experiencia como soldado: una enorme sucesión de penalidades físicas y morales, especialmente el hambre y la mugre, que él afronta con una actitud de pícaro, pendenciero y jugador, con mala fama y gestos de auténtico matachín. Respecto a esto último, no le importa lo más mínimo infamarse —y a la vez mostrar el lado más infame de la milicia—, lo cual implica un distanciamiento moral del narrador respecto al personaje. Tal distanciamiento es la

¹² Así en el texto, por *bucólica* (del latín *bucca*, boca), «fam. comida, alimento en general» (DRAE).

principal herencia que la novela picaresca deja en las autobiografías atraídas por su modelo narrativo: el protagonista tiene una condición degradada y vive una vida en los límites de los estándares morales aceptables por su sociedad, que es la misma de los lectores. Frente a ese apicamiento, la autobiografía, en cambio, introduce una perspectiva nueva: pone estrictos límites a la infamia del protagonista y a la agresividad con que el narrador lo trata. Por eso Ripa no arroja sobre sí más basura que la precisa y se cuida de no añadir a su tétrico lienzo de la vida militar el mayor baldón que puede ensuciar la reputación de un soldado, la cobardía. Como los pícaros, Ripa no se presenta como un héroe ni considera que la guerra sea el campo del honor en que los hombres bravos se cubren de gloria; pero, al contrario que los pícaros, tampoco quiere ofrecérsenos como un cobarde ni como un cínico. Así, cada vez que hurga en la porquería de sus penas en el ejército, sigue a continuación una reserva que muestra que, cuando silban las balas, él también está a la altura de su deber.

Por consiguiente, después del pasaje antes citado, Ripa ocupa dos páginas vigorosas y muy circunstanciadas en un episodio de su vida militar, que sería propio de cualquier libro de memorias de un soldado. Sucedió —nos dice— el 23 de julio de 1736, cuando en una patrulla por las afueras de Orán tuvo una dura escaramuza:

[...] según el fuego que se veía, se infería haber más de cuatrocientos moros dentro las huertas, sin contar los que estaban encima de la cortadura; la función llegó a encenderse tanto que del grande relámpago de fuego se descubrían los árboles de la misma suerte que si fuera medio-día (26b).

Ripa y un compañero se separaron de los demás para auxiliar a un herido agonizante y luego, de vuelta con la tropa, se apostaron toda la noche por si volvían los atacantes. El autor no considera que la nota guerrera excluya la crueldad, sino que, igual que en episodios anteriores, se regodea en la parte sanguinaria del oficio:

[...] encontramos un moro muerto, que en un balazo que le habían dado al pecho se había puesto una chinela, tal vez discurría que con aquella mampara no le daba lugar al alma para tomar el camino del infierno; lo llevamos entre otro y yo arrastrando de los pies hasta la Puerta de Canastel; allí le arranqué un dedo, que en él tenía una sortija, discurriendo que era alguna cosa buena, y luego hallé que era madera del aire (27b).

Ripa no es un cobarde, desde luego, pero dejando eso claro, prefiere que le vean como un soldado feroz capaz de despojar cadáveres: la guerra es así. La reconstrucción de sus peripecias militares sigue esa línea con coherencia.

Pasado este episodio militar, hay una transición en que resume el resto de su segunda estancia en Orán, incidiendo en sus progresos intelectuales: «Aquí

empecé a tirar por las matemáticas» (27b). Entró en trato con un ingeniero que lo instruyó en aritmética, geometría y arquitectura, hasta que fue excusado del servicio para dedicarse en exclusiva a labores de ingeniería militar. Su nuevo oficio supone, por tanto, la siguiente subida a lo alto en la rueda de su fortuna, ya que se le abre un prometedor futuro, que coincide con una regeneración moral por la que el abandono de la condición de simple soldado parece acompañarse del final de sus vicios:

Cuando esto sucedía, ya me había retirado del juego, de la camorra y pendencias; ya solo me acompañaba con gente de bastón, comía en mesa redonda, pues me daba lo que interesaba para ello; a ningún amigo le faltaba dinero si yo lo tenía (28a).

Es el intervalo de estabilidad y buena fortuna que se intercala entre dos crisis y que no recibe mucho desarrollo, porque solo interesan las caídas y su función es de servir de contraste con estas. El mismo ofrece con precisión la idea del cambio de su destino, un engaño a la vista: «Tomaba lo que mejor me parecía, y aquí empezó a engañarme otra vez la fortuna, pues dio otra vez conmigo en tierra» (28b). Pasó a Valencia, cambió de regimiento porque le ofrecieron un puesto de cadete de artillería en otro que iba a las guerras de Italia, al servicio del rey de Nápoles, futuro Carlos III de España: «Las desdichas y trabajos que en servicio del Rey Don Carlos pasé, las diré luego» (28b).

5.6. *Vida picaresca, viajes y penalidades (28b-39a)*

Llegado a Nápoles, dedica unos escasos párrafos a mostrar sus adelantos en las ciencias matemáticas, geografía, etc. Es, en realidad, una transición; como en las otras ocasiones, su afición al estudio dibuja una trayectoria ascendente en su vida, su carrera dentro del ejército y sus expectativas sociales. Ese prometedor futuro se frustra con un violento vuelco de su fortuna. Su personalidad como intelectual es solo el contrapunto necesario a sus aventuras militares y picarescas, señalando los dientes de sierra de su voluble destino.

Retirado ya otra vez a Nápoles, habiendo corrido esta caravana, me resultó una enfermedad tan perniciosa que ni los médicos la entendieron, pues el remedio que hallaron no fue otro que decirme que si no me venía a España perdería la vida. Grande golpe fue para mí esta receta, más por el sentimiento de retirarme del paraje en que me hallaba, por razón de que con el crédito que había cobrado discurría ser brevísimos mis ascensos: éste era mi mayor sentimiento, aun más que perder la vida (29a-b).

Este nuevo golpe abre el periodo más activamente picaresco de toda la *Vida*, ya que, a la postre, como dice arriba, le induce a abandonar otra vez su carrera cuando va en auge. Lo curioso es que nunca se establece una relación

de causa y efecto entre su dolencia y las erráticas decisiones que adoptó a consecuencia de ella: irse a Roma, alistarse en otro ejército, mendigar para regresar a España... Cualquier proceso racional parece ajeno a ese encadenamiento de sucesos, que en cambio sí posee una lógica narrativa según la estructura de la picaresca: los altibajos de la varia fortuna, el recorrido por diversos estados sociales, el vagabundaje por caminos, las pérdidas de identidad...

Marchó a Roma a buscar a un pariente religioso en un convento de la capital pontificia: «[...] me puse en camino con mi mochila cargada de libros y otros instrumentos matemáticos que había adquirido mi cuidado» (29b). En realidad, esos libros y aparatos de los que habla a menudo no son sino unos iconos, unos símbolos, que señalan que él es diferente a un vulgar soldado o a un desahogado vagabundo: son la marca de la respetabilidad superior a la que aspira. Sus conocimientos matemáticos y el detalle de sus lecturas y capacidades no se plasmarán en el texto hasta sus últimas páginas. En Roma, por fin, no encontró a nadie y tuvo que vivir de la caridad de un paisano, después «me fue preciso, a fuer de hombre blanco y honrado, ir vendiendo los libros e instrumentos para comer» (30a).

Desde ese momento, alcanza el extremo de la miseria: empobrecido y enfermo, no sabía qué hacer en Roma. Vendió su ropa para comer unas pocas hortalizas, único alimento que aceptaba su estómago maltrecho. «¿Y qué haría el pobre Ripa, hombre de tanta fama y tan estimado, viéndose en tanta miseria? Me vi precisado, aunque enfermo y sin provecho, a tomar partido» (30a). Se alistó por ello en las tropas imperiales, empezando otra vez de cero, pero en Alemania no prosperó y su salud fue a menos: «[...] reinaba en mí una melancolía tan atroz que, no pudiendo desecharla, no era dueño de mi persona, por lo que no hacía el servicio. Viéndome tan esqueleto, me repudiaron por inútil de tomar las armas» (30b). Insiste en que lo que más le mortificaba es que siendo él una persona de «ánimo varonil» (30b), espíritu fuerte y generoso, se hallase en situación tan lastimera. Pensaba que, si iba a un hospital, moriría, así que resolvió volver a Roma, donde encontró un estudiante zaragozano con quien volver a España «como paisano y camarada» (31a).

Siguiendo su habitual pose victimista, Ripa anuncia al lector que en ese relato de su viaje va a oír «tragedias» (31a). En efecto, sus peripecias implican mendigar la sopa boba de los conventos y andar a andrajos, cargado de piojos. Al autor le embarga la vergüenza, que tiene que perder para sobrevivir en ese nuevo estilo de vida, el «arte de tunar», que es lo mismo que decir la vida picaresca:

[...] pero yo, avergonzado, no me atrevía a cercarme a las porterías, porque aún me parecía que mis amigos me estaban mirando. El dómíne estudiante, como versado en la arte de tunar, tenía que pedir para los dos y viniendo al sitio que yo estaba, que siempre era oculto, entre los dos limpiábamos muy bien el plato de la gazofia (31a).

Para competir entre la turbamulta de pedigüeños que asaltaban la caridad de los conventos en los estados pontificios, Ripa y su amigo mudaron de aspecto, para pasar por devotos. El disfraz era como sigue, ya que, como buen lance picaresco, el cambio de condición o de estado social se logra meramente con la asunción externa de un traje, un objeto o un símbolo que sustituye la inexistente mudanza interior:

Yo me desnudé de la destropeada ropa que a mi enfermo cuerpo cubría, y un costal que siempre me sirvió de maleta descosí por la costura de abajo, para poder sacar la cabeza, y otros dos boquerones por los lados para sacar los brazos: me ajusté el saco a mi cuerpo, ateme una cuerda a la cintura, tendí la melena y con un báculo en la mano y descalzo de pie y pierna, hacía un penitente anacoreta. [...] La razón de haber tomado esta figura fue el ver que no encontrábamos limosna y las hambres crecían, y con esta estratagema engañábamos, pidiendo con capa de que éramos unos pobres españoles que penitenciados habíamos venido a Roma en aquella forma... (31b).

La mendicidad, la suplantación de identidad, el ingenio y la burla de la falsa devoción son otros tantos elementos picarescos asumidos por Ripa con toda tranquilidad en su propia carne literaria. La cosa no acaba aquí, ya que, al contrario de lo que esperaban, con su disfraz les dieron menos limosnas todavía y se convirtieron en «la irrisión y juguete de los muchachos» (31b), que les seguían en tropel mofándose de ellos. Esto da lugar a las partes más grotescas y humorísticas del libro, aunque nuevamente Ripa escurre el bulto para no cargar sobre sí mismo la mayor ignominia y usa a su oportuno compañero de camino como pararrayos de los peores ultrajes: así se desplaza de la estima pública del autobiógrafo las marcas infamantes que van adheridas a este trance andariego y mendicante de su vida:

Toda la culpa de esto tenía el domine Parra, pues yo hacía mejor el papel de penitente con mi saco y mi cayado que no él con su manteo, pues tenía tantas ventanas, cual pobre, sin poderlo remediar se le descubrían y veían algunas veces sus carnes, y lo que peor era, sus cosillas vergonzosas (31b-32a).

Menciona también los perros que les seguían, las risas que provocaba Parra al ahuyentarlos y mostrar sus vergüenzas, cómo dormían en los estercoleros y andaban cubiertos de «ganadillo» (32a). Pero si Parra concentra el máximo de la hilaridad y la infamia, Ripa mantiene una incesante preocupación por su honor. Llegaron a Génova y el artillero no quiso entrar «por saber había allí unos Dragones de España, por que no me conociesen y se me siguiese mayor daño» (32a). Se impuso su criterio: «[...] aunque tenía yo grande gana de matar el hambre, pudo más la vergüenza» (32b). Se repite este mismo proceder en varias ocasiones: extrema miseria, suciedad y hambre, pero también determinación del

avergonzado Ripa de evitar los poblados para no ser objeto de irrisión. Hasta que acudieron a un convento franciscano, a la sopa de los pobres, donde hubo que aceptar la nueva condición:

[...] grande vergüenza me daba de llegar al coro de la pobretería que alrededor de la olla había. El dómíne me animaba, diciéndome que allí nadie me conocía. Sintiendo pues yo perder la ocasión, paseme la mano por la cara y perdiendo la vergüenza, me arrimé a la olla con mi camarada... (32b).

Esta pérdida de la vergüenza parece operar una transformación en el protagonista, que como todas las evoluciones morales y cambios de destino que experimenta en el curso de la *Vida*, queda sin explicación desde su interioridad, al renunciar el autor a cualquier planteamiento psicológico en favor de la variedad y amenidad de la acción. Parece que Ripa adquiere de modo subitáneo una nueva personalidad acorde con su decisión de perder el pudor por su vida pordiosera. Así, al encontrarse en el camino con un pastor que llevaba un hato seguramente lleno de pan y que no quiso darles limosna, determina robárselo con violencia y solo le hace vacilar la posibilidad de que otros acudiesen en su ayuda. Parra le suplicaba que no lo hiciera y así se caracteriza como cobarde, pero Ripa «no quería perder la ocasión de llenar el bandullo», así que se abalanzó sobre el pastor, que «lleno de miedo más que de caridad» (34a), les dio de comer. El autor no hace ninguna observación moral, aunque esto es el punto más bajo de su caída.

Pasan penalidades en los Alpes, que el autor no quiere relatar. Se tropieza en el camino con un monje bernardo, Fray Juan Zapater, que lo conoció y se compadeció de su triste suerte. Le dio ropa nueva y les regaló con una opípara comida que engulleron con ansia. Finalmente, el autor hace un chiste, frío como todos los suyos, sobre que si el fraile pagó bien al hospedero por las camas de ambos, ellos también le «pagaron» infestándolas de «un rebaño crecido de ganado que traíamos con nosotros mismos» (35b). Siguieron camino hacia Barcelona, «donde nos aconteció una muy grande pesadumbre» (36a). Se trata de un lance que incluye dos elementos sustanciales de la vida marginal: mentira y cárcel.

Al llegar a la ciudad, fueron arrestados en la puerta de entrada por los guardias, aunque no se especifica la razón. Él había advertido a Parra de las falsedades que tenían que decir a los soldados para justificar su aspecto de pordioseros («mis bien compuestas mentiras», 36a), pero su compañero lo hizo mal cuando les interrogaron por separado. A Ripa, sin embargo, no le traicionaron los nervios, como hombre acostumbrado al peligro: «[...] no me dio susto notable el lance por estar criado en ello» (36a). Parra, en cambio, estropeó el plan al disparatar con sus invenciones: «lo que hizo fue decir al sargento que veníamos de Francia, que yo era quinquillero y que me habían robado; que él venía de Roma y que le habían quitado el vestido, y así otras garrafales contrarias

mentiras a las que yo decía dentro» (36b). Entendieron los guardias que Ripa era un desertor de la flota y maniataron a ambos para conducirlos ante el gobernador. En este momento, Ripa recupera su perdida vergüenza:

Parra con su manteo, que se le iba cayendo, por lo que se le veían todas sus carnes. Yo, en camisa, calzoncillos y con el gorro, me tendí la melena por la cara, boca y ojos, para que no me conociesen muchos amigos que tenía en Barcelona (36b-37a).

Con la habitual incoherencia psicológica del relato, esta vergüenza duró lo que tardó en llegar ante el gobernador, escena en la cual el autor cree conveniente recuperar el reparto de papeles entre un Parra cobarde y lastimoso que recibe el ridículo y un Ripa bragado y animoso casi como un profesional de la vida tunantesca: «[...] aunque el pobre dómíne Parra estaba temblando, yo como desvergonzado y versado en estos lances respondía con gran desahogo» (37a). La historia va adquiriendo tonos bufos, cuando ambos son encerrados y Ripa, culpando a su compañero, la emprende con él a puñetazos.

No obstante, la etapa apicarada de la vida del artillero se aproxima ya a su fin, con la reincorporación a la sociedad de las gentes honradas. Estando en el calabozo, corrió la voz por Barcelona y un pariente fraile gestionó su liberación. Se separó entonces de Parra y reparó sus vestidos, «paseando por Barcelona y buscando a mis amigos, los cuales quedaron absortos de oír contar y referir mis tragedias y mis lástimas» (37b). La vuelta a su antigua condición ocurre de modo tan súbito como su mudanza al estado de mendigo. Sale de Barcelona para visitar a su familia en Tarazona. Si el personaje ha dejado de ser un pícaro, el tono picaresco se acrecienta, en cambio, con la descripción burlesca de un caballo, de raigambre quevedesca, además de la inevitable cita cervantina de denominarle «cansado Rocinante» (38b). El dibujo es como sigue:

[...] puedo asegurar más era punzón que sacabocado; formaba su lomo su ángulo agudo, en los ojos se le descubrían bóvedas, en las ancas se figuraba a un trapecio, todas sus venas, nervios, arterias y ligamentos publicaban aquí estamos; todos cuantos me encontraban en los caminos me gritaban y con mofa me decían: «Hola, compadre, ¿es sota o caballo?», mas yo no daba respuesta, por ir en él apretado (38a).

Sigue un largo trozo desarrollando las virtudes del jaco y su venta patética a un viejo «muy remilgado» (38b): desde luego, esto tiene valor humorístico, pero no aporta nada sobre la vida y personalidad del autor. Es otra digresión, fruto de su deseo de amenizar.

5.7. Trabajos matemáticos (39a)

En Tudela volvió a sus estudios de matemáticas. A los dos meses, «como el que está hecho a tunar y navegar no se halla bien encerrado, tomé viento a

Madrid» (39a). Se repite el proceso de ascensión y respetabilidad social que ya se ha visto en otros momentos de su vida. Se trata con militares y gentes del ramo de la ingeniería, con quienes emprende trabajos y luego se asienta en Brihuega. De repente el relato se interrumpe de manera bastante seca al llegar al presente, para dar paso al autorretrato que sigue a continuación. Aparece la imagen de la rueda de la fortuna cerrando el ciclo con la habitual estabilización final que concluye este tipo de relatos:

Empecé a tomar algunos créditos; apadrináronme algunos caballeros, y con esto y algunas obras de arquitectura civil, y algunos retablos que por mi cuenta han corrido, me he mantenido hasta ahora. Y para que sepas el valor con que he llevado toda esta rueda que has leído de mis trabajos, sin desgracia alguna de haberme quedado reliquia de enfermedad, de las que achacan a los soldados, te manifestaré la pintura, genio y los demás humores que me asisten (39a).

En realidad, su historia personal, en el sentido novelesco de las cosas curiosas y jocosas que le han acontecido, había terminado con la venta del rocín. Su nuevo ascenso social, cuya fecha en relación con los demás hechos contados no se proporciona al lector, es solo un repunte narrativo que sirve para concluir el relato.

5.8. Autorretrato y loa de la vida militar (39a-45b)

El gusto por el autorretrato es un elemento torresiano también practicado por Gómez Arias, igual que el diálogo directo con el lector que aparece en la cita anterior. Es una pieza en la que brilla la principal cualidad del estilo barroco: la descripción. Empieza con la descripción física, en la que no hay ni humor ni distanciamiento. Gradualmente se pasa al retrato moral, que es especialmente productivo:

[...] hablo poco, y discurso primero lo que he de hablar; soy tan dócil que conociendo que algunos me engañan, me dejo engañar por no dar un desaire; la codicia me lleva a los libros y papeles, no a mis conveniencias, que bien notorio es todo, pues estoy noche y día con ellos sin acordarme de comer ni beber hasta que me avisan, y algunos lo atribuyen a locura mía. Soy y he sido tan perdulario, que de mucho dinero que he ganado en cuatro años que hace que me retiré de la guerra a tirar líneas, repele el diablo si a la hora de esta llega mi caudal a veinte reales de vellón (39b-40a).

«Loco» y «perdulario». No es la primera vez que en la *Vida* Joaquín de la Ripa se acoge a esa etiqueta calificativa. En el prólogo, cuando habla de sus problemas con el álgebra, afirma que «se me amontona el juicio, me vuelvo loco y desatinado». Y en cierto momento de sus vagabundajes como pordiosero por

Italia y Francia, un monje que lo reconoció se quedó absorto «de ver mi triste figura» (35a), en lo que puede ser un eco de la locura quijotesca. Pero todavía más, cuando parece que el autor se encamina a una presentación de sus conocimientos matemáticos, empieza a mezclar de nuevo algunas otras de sus virtudes como militar y como bravucón:

Visto de militar sin dejar de ponerme las divisas de guerra; soy apasionado por la esgrima de la espada, daga y broquel, que ha sido causa de tener alguna quimerilla con los jácaros que rondaban las esquinas por las noches (40a).

El autorretrato, al entrar en explicar sus cualidades como soldado, deriva fácilmente en un elogio de la vida militar, tal como prometía en los preliminares. Se presenta como soldado austero viril, nada dado a afeminamientos ni abalorios: «jamás me eché polvos en el pelo ni anduve a lo macareno como otros, con el sombrero colgado de una oreja, teniéndolo todo esto por zalamería» (40b), y describe a continuación su llana manera de vestir. Ripa arremete contra los murmuradores y aduladores que siembran cizaña en los regimientos y acaparan los ascensos con intrigas. Con resentimiento de clase —soldado frente a oficial, hombre humilde frente a aristócrata— también muy torresiano, afirma: «He sido enemigo capital de los cadetes usías, porque estos siempre se andan excusando de hacer el servicio (digo por lo regular los más) y todo este trabajo recae sobre el pobre soldado» (41a). Su elogio de la vida militar revela un orgullo de casta frente a los civiles que, en ocasiones, es bastante prepotente. Cuenta cómo se vengaba de los alojamientos donde ponían mala cara a los soldados y relata incidentes con paisanos que no le parecieron suficientemente leales al Rey: por ejemplo, la emprendió a palos con uno que quiso convencer a otro de que no se alistase. «De estos casos me han acontecido infinitos, y a estos tales, si yo pudiera, les diera su merecido, pues son causa de resfriar los ánimos a la gente moza para ir a la guerra» (42a).

Enganchando con este punto de su carácter, da comienzo a una encendida defensa de la vida militar para convencer a los jóvenes de entrar en milicia, cuyos argumentos —algunos bien peregrinos— extiende por dos largas páginas¹³. Enumera por fin los principios para tener una buena carrera en las armas: disciplina, valor, buenas compañías, diligencia, aprecio a los superiores, etc., con lo que llena otra buena página. Lo más curioso de esta brillante loa de la milicia es que no tiene nada que ver con lo que ha contado de su experiencia como soldado. La campaña oranesa, tal como nos la muestra, no sugiere gloria,

¹³ Los resumo: la fama de ladrones es porque los paisanos atribuyen a los soldados sus propios robos; no todos los soldados mueren en combate; los soldados siempre comen, y respecto a sujeción, peores están los paisanos en sus trabajos; no reciben más ni peores castigos que los civiles; no son más inclinados que otros al delito, al sacrilegio o a la blasfemia; tienen más tiempo para la cortesía, para ir a misa o para entretenimientos sociales; su instrucción y maniobras son hermosas de ver por su gran vistosidad; el soldado más bajo está dotado de orgullo patriótico y de dignidad y brío.

sino sordidez; ni tampoco bizarría, sino mugre, hambre, frío, peligro, brutalidad y penalidades sin fin ni recompensa. La contradicción es demasiado fuerte como para que él mismo no la advierta, aunque sus explicaciones son endebles:

Pero te estoy oyendo que me dices que si yo advierto el modo que se necesita para ser buen soldado y buscar con brevedad sus ascenso, ¿cómo no he guardado estas reglas? [...] A esto te respondo que no te maravilles de mi fatal estrella. [...] el no hallarme ocupando algún empleo en la guerra, lo achaco al haber marchado a Italia (45a).

En Italia —dice—, al dejar sus anteriores destinos, se imposibilitaron sus ascensos, aunque allí también adelantaron sus estudios. Para finalizar este bloque hay un cierre muy meditado, donde se vuelven a marcar los dos extremos de su personalidad:

Cinco años, como dije, fui academista; lo que estudié, ya lo sabes, mas para lo que me sirve, fue el estudio en balde. De mi aplicación, trabajos, desvelos y de mi infiusto hado, no quiero quejarme, ni estoy pesaroso de haber pasado tan infeliz vida, pues es ella la causa para más honrarme. Y pues has visto ya el teatro de mis hazañas, escuela de mi corta sabiduría y el engaste de mi nobleza, oye ahora el último empeño que yo he ejecutado (45b).

A parte del victimismo, reinterpretado como honra desde un sentido cristiano de la vida, lo que más llama la atención es la duplicidad entre «teatro de mis hazañas», que parece remitir a su lado militar y pícaro, y la «escuela de mi corta sabiduría», que habla de sus pretensiones de hombre docto. De esta manera Joaquín de la Ripa reanuda el interrumpido hilo autobiográfico.

5.9. Ingeniero y matemático (45b-52a)

En 1743 murió su padre y Ripa decidió dar un último giro a su fortuna, en el que se encuentra en el momento de escribir su *Vida*:

[...] considerándome yo sin obligaciones que me pudiesen estorbar el marchar otra vez a campaña, quise por ver si servía de algo dar a entender a la escolta de ingenieros y plaga de matemáticos que se descubren hoy día en la corte, el ser yo aficionado a esas ciencias, para cuyo efecto dispuse poner carteles... (45b).

Así se llega al meollo de las intenciones autopromocionales del libro. Aprovecha un par de páginas para explayar lo mucho que se preparó para disputar y lo bien que dominaba estas materias, y para desarrollar un caso práctico que se le planteó, reproduciendo un gran número de operaciones matemáticas que, según explica, «entenderá el algebrista solamente» (48b), por lo que yo, que no

lo soy, me quedo en ayunas. Aunque se excusa con poca fuerza por introducir este excuso en el relato, diciendo que «solo he notado esta cuestión por si acaso llega este papel a las manos del que fue causa de este lance» (48b), está claro que más bien pretende dar una muestra de su pericia. Su operación del cartel no tuvo éxito y él hubo de retirarse otra vez a Brihuega, que por más que diga, es un lugar alejado de sus aspiraciones:

[...] donde me mantengo recreándome en mis tareas matemáticas, unas veces con la fortificación, otras con las voluciones y escuadrones, y algunas con la artillería y bombeo: estas materias son el desván de mi entendimiento y el norte de mi cuidado, sin dejar olvidar la geografía, ni perder de vista la náutica, tan gustosas para mí que sirven de alivio a mis desvelos. En esta forma me estoy retirando en este último ángulo del mundo, la Alcarria, sin determinar el tomar estado, pues por todas partes todo lo veo malo (48b-49a).

Su espíritu está indeciso sobre qué partido tomar, aunque se inclina por volver de nuevo «a los estruendos de Marte» (49a), porque —asegura— nunca pretendió empleos en la corte y no le gusta la vida frívola y mundana de las comedias y los saraos, sino las batallas y «todo género de pelea» (49a).

El último trozo atiende a la religión, un terreno que hasta ahora no ha pisado en la *Vida*. Sus enemigos y envidiosos le dicen que «mejor me fuera el tiempo que gasto en estas cosas estudiar en lo místico, que me ha de servir, y no en hacer mal, que es a lo que lleva la mira lo que estudio» (49a-b). Pero él contesta que hay tiempo para todo y cita sus lecturas, que combinan los autores de ciencia con los religiosos. Otros de sus enemigos son los guerreros de salón que planean guerras sin mover un dedo, «unos desde sus cocinas, otros desde sus cuartos, adonde no llegan las balas» (50a), y les invita a seguir al Rey sin temor. De nuevo aparece su duplicidad entre lo libreco y lo guerrero.

El final es puramente barroco, volviendo al tema del desengaño, la rueda de la fortuna, la inmundicia humana y la sombra del sepulcro:

[...] da una vuelta al círculo o rueda que te mostraré ahora, y no creas a ninguno sobre este asunto, sino a mí, que soy en ello práctico: empieza a darle vueltas diciendo.

Hola, ande la rueda, no hay vida como la del soldado... (50a).

Esta fórmula se repite varias veces, introduciendo en cada ocasión diferentes caras de la vida militar que hace desfilar ante el lector como en un teatro. Es un encendido elogio de la milicia y de la dignidad del soldado que sirve a su Rey, en comparación con los paisanos (labradores, jornaleros, ganapanes, etc.).

Ya, curioso lector, te he referido mi trágica vida. Supongo que en leerla habrá sido poco el gusto que hayas recibido: lo uno, por lo tosco de mi pluma y estilo; lo otro, por no haber encontrado novedades especiales, pues

me responderás (si eres militar) que lo mismo ha pasado por ti, que también te has visto cargado de miserias en campañas y presidios, y que te hallas aparente para decir conmigo: en cueros nací y en carnes me hallo, ni pierdo ni gano, en mi paz me estoy, pero a esto te digo te hagas de mi bando, y que no codicies los bienes temporales de este mundo, que te contentes con la suerte que te ha tocado, pues yo también me he contentado con la que Dios me dio de soldado arrastrado, haciéndome el cargo de que en llegando la última hora de esta quebradiza vida, se sepultan la eminencia, la ventaja, talle, garbo y gentileza, la fuerza, el entendimiento, las hazañas y riquezas, pues todo viene a parar entre la azada y la pala, entre el lodo y la hediondez de un sepulcro. Y solo nos servirá el formar líneas paralelas, entre nuestras vidas y la de Cristo, Señor Nuestro, para que por medio de este teorema geométrico alcancemos la vida eterna. Amén (51b-52b).

Es probablemente la única autobiografía laica que termina con un *amén*, entre protestas sobre la fugacidad de todo lo humano, lo cual compensa la ausencia de la usual etapa como religioso en la peripecia del personaje. Este pintoresco y barroco final culmina el batiburrillo de temas, tonos y estilos que atraviesan esta *Vida*.

6. Publicidad y autobiografía

La parte final de la *Vida* está dedicada al proyecto de propaganda profesional de Ripa en su deseo de hacer carrera como filomatemático e ingeniero. Sus estrategias son novedosas y agresivas, y en ellas se ve la huella de Torres Villarroel, primero en vender sus obras por suscripción y en usar la autobiografía como forma de «venderse» ante un público que solo le iba a valorar por sus escritos. Ripa opta por técnicas igualmente audaces de contactar con el público: poner un cartel (que se adjunta como desplegable en la publicación de 1745) en las esquinas de Madrid y Aranjuez exponiendo sus conocimientos y ofreciéndose a ponerlos a prueba. El cartel, titulado «Desempeño español» le presenta como uno de los pocos españoles a la altura de los extranjeros en estas materias, principalmente en lo militar. Parece que nadie se lo tomó muy en serio ni acudió a su reclamo. La autobiografía se configura entonces como un segundo intento, más ambicioso, de darse a conocer, recurriendo al osado método personal que acababa de ensayar con éxito don Diego de Torres. Así, le dice en interpellación directa a su lector, que ahora tiene otra oportunidad: «[...] y por si ahora te excusas [de no haberle hecho caso antes] con decir que no fuiste noticioso de este empeño, y por eso no acudiste a probar mi insuficiencia, sírvate el cartel de este libro para que salgas de tu ignorancia» (45b-46a).

Esto hace pensar que se trató de una tirada corta costeada por el autor; si dedicó la obra al Consistorio de la Fortuna fue de seguro porque no tenía ningún

noble mecenas a quien adular, como Torres tuvo a la duquesa de Alba. El contenido ameno y heroico, picaresco y militar, del libro, son el cebo para captar el interés del lector en este extraño personaje que pretende así captar una corriente de simpatía y de curiosidad. Con esto esperaba que acudiera gente a poner a prueba su conocimiento matemático y así obtener algún empleo en el ejército o en la corte¹⁴. Pero también es obvio que, como todo autobiógrafo, fuesen cualesquiera que fuesen sus motivaciones iniciales, acabó cumpliendo un programa autobiográfico más personal y complejo que el originalmente planteado.

Así pues, el programa narrativo desarrollado se parece ante todo a una novela de aventuras picarescas, llena de miserias, crueidades bélicas, lances de soldado, limosneo, enfermedades, viajes, robos, peleas, cárcel, suciedades y hambre. En ese contexto, el deseo de legitimarse como un hombre sabio, matemático de vastos conocimientos teóricos y prácticos, aparece teñido de un carácter compulsivo, como si fuera una excentricidad propia de un loco. El camino del saber no es ese apostolado vocacional que aparece en las vidas de los hombres de letras, sino más bien un desatino más de esta inmunda existencia terrenal, solo algo más respetable que otros de los vividos en la desdichada vida del autor. Puesto todo en la misma rueda de la fortuna, el amor por los libros, el vagabundaje picaresco y la ferocidad de la guerra quedan equiparados como extremos de un mismo sinsentido, que llaman la atención y resultan curiosos por la facilidad con que el destino produce tan grandes contrastes, pero todos ellos igualmente excesivos y estrañarios.

Así, en su autorretrato final, la proclamación de su «codicia» por los libros se contrarresta de inmediato con su condición de «perdulario», y en las líneas siguientes al representar el papel de militar pendenciero. E igualmente las capacidades intelectuales se compensan —casi se disculpan— con sus virtudes de hombre bravo:

El genio y memoria felicísima, tanto que todo cuanto emprehendo salgo con ello, y en una noche sin mucho trabajo, pillo en mi cabeza tres hojas de cuarto. Nunca temí los lances de la muerte cuando me tocaba el pelear, nunca temí el morir (40a).

Lo torresiano, lo picaresco —y por tanto lo antiburgués, lo premoderno— es la fijeza con que se marca una duplicidad estrañaria en el personaje: sabio, pero hombre de acción; sensato, pero de genio travieso y colérico; hombre de bien, pero capaz de cometer fechorías; culto y autodidacto, pero también un hombre de mundo y de acción, que experimenta la miseria humana del hambre, la violencia y la vergüenza. Es una duplicidad que no acaba de resolverse a favor de ninguno de los dos términos, al estilo barroco: los contrarios

¹⁴ El tipo de público que quería impresionar queda claro cuando decide perseguirlo hasta el Real Sitio de Aranjuez, donde estaba la Corte: «[...] me acordé que a los que buscaba corrían algunos los Sitios con el Rey, y advirtiendo esto marché a Aranjuez» (46a).

se afirman simultáneamente, sin síntesis ni superación, de hecho anulándose el uno al otro.

Soldado, matemático, pícaro, hombre piadoso, Ripa construye su identidad a la manera del hombre barroco. Y ahí está lo primitivo de esta autobiografía: no existe una imagen coherente del *yo* que unifique y dé sentido; ese vaivén no solo de la fortuna, sino de la propia imagen moral del personaje, esa contradicción de destinos y caracteres, no hace sino convertir al protagonista —el *yo* que formula el pacto autobiográfico y referencial— en un vehículo para un conjunto de anécdotas, para una colección de excentricidades y giros de la fortuna que no dicen nada de él mismo. El *yo* que, en primera y jactanciosa persona, escribe la autobiografía es un conjunto vacío, una marca gramatical y literaria que carece de un referente psicológico y humano. Es simplemente el sujeto de las acciones que se narran, que constituyen lo importante de la obra, de ahí que no importe ni su motivación, ni la justificación de sus sucesivas decisiones, ni su coherencia, ni siquiera —esto es más relativo— mantener una imagen decente y respetable de sí mismo si las necesidades del relato y el prestigioso modelo picaresco de autobiografía burlesca exigen que ese *yo* mienta, robe, fornique, asesine, mendigue o vagabundee.

